

tamos en los principios del sufrimiento. Entretanto, un espectáculo conmovedor se presenta á los ojos angustiados de las familias del centro de la ciudad.

La cristiana y valiente raza indígena de Zapotlán

empieza á entrar en agitación y á ponerse en movimiento. Los robustos é intrépidos hijos de Netzahualcoyotl y Quauhtemotzin que, dueños en otro tiempo del país del zapotl, hoy sólo pueblan los arrabales de la capital de su antiguo cacicazgo; los creyentes hijos predilectos de la Virgen del Tepeyacatl, que en medio de su ignorancia y sus infortunios seculares, aun conservan en aquel pueblo un cierto espíritu democrático y de independencia y dignidad, juntamente con una profunda adhesión á la fé católica y á sus costumbres religiosas de antaño, véense aparecer, en medio del aguacero, cubiertos con sus *chinas* ó capas de palma, véense aparecer, digo, de todos los rumbos de la ciudad, en la plaza principal, y situarse, formando varios grupos, en los portales. ¿Qué quieren esos descendientes de los aztecas? Quieren lo que su fé, esa fé que traslada los montes, les inspira! Quieren lo que la luz de lo alto, corroborada por una antigua y constante experiencia, les ha enseñado y lo que solamente la tiranía masonica, una tiranía peor que la de los gobiernos despóticos, aun paganos del Oriente les puede negar. Quieren de conformidad con los sentimientos cristianos de toda la población, que se acuda á la oración pública, contra una calamidad pública, como lo han hecho siempre los pueblos cristianos y aun los disidentes, en circunstancias análogas. Quieren, en suma, que la veneranda imagen de Sr. San José, quien todo lo puede por su influencia con el Todopoderoso, salga del templo en procesión penitencial, por las calles para que la población toda le ruegue, á él que es su Protector y Patrono jurado, contenga el desastre que presuroso avanza sobre su pueblo querido. Ya van, de consiguiente, y ya vienen ansiosos los perseverantes y pacientes indígenas, de la casa del Párroco á la del Jefe Político; de una y otra, á la del Sr. Presb. D. Pablo Contreras, á quien tienen grande confianza y quien los ha tratado con intimidad muchos años, adquiriendo con esto y su carácter á propósito gran popularidad entre ellos; y hasta de las casas de las tres personas mencionadas, van y vienen á la del Sr. Canónigo Silva, su antiguo Párroco, y á la del Ilmo. Sr. Obispo de Colima; todo con el fin de pedir consejo y de obtener la autorización que en otros tiempos, aun de las mayores tempestades políticas, han logrado fácilmente, de llevar en mar-

cha penitencial pública, en aquellos momentos de calamidad también pública, la sacrosanta imagen del Santo Patrono de la ciudad. Desgraciadamente, sin ahondar más nosotros en esta materia, porque no es este nuestro objeto, después de tantos pasos dados en vano, la licencia necesaria para llevar por las calles la imagen de Señor San José, fué denegada á los indios, de los cuales varios, exasperados con la negativa, y algunos de ellos un tanto alcoholizados, hicieron después lo que quisieron y afearon en parte con algunos desórdenes la procesión de penitencia, que se llevó á todo trance á debido efecto. Mas prosigamos con la desastrosa lluvia.

Estamos ya en los momentos, qué digo momentos, en las horas mas solemnes. Ha pasado el medio día. De repente

Al aguacero se junta el huracán.

subiendo con esto, de punto en los habitantes de Zapotlán la ansiedad y la alarma. El viento sopla, rugo con vehemencia, viniendo de rumbos distintos. Las corrientes etéreas encuéstranse y chocan con furor. Ejércitos de nubes arriban precipitadamente á la atmósfera de la ciudad y se desgajan, se desbaratan, en torrentes, sobre la población. Los hilos, los chorros del líquido elemento, no caen vertical sino oblicua y casi horizontalmente, impelidos por el vehemente soplo del huracán. El cielo se oscurece, como al crepúsculo vespertino, y no se ven sino nubes, agua, por todas partes. El chubasco se prolonga, el desastre comienza. El río, mejor dicho, el arroyo que atraviesa de oriente á poniente, para dirigirse luego al noroeste de la población, crece, crece, de una manera rápida, desmesuradamente, como nunca se había visto. Sus ondas gigantescas y embravecidas arrastran, formando un ruido sordo, grandes piedras, troncos de árboles, animales ahogados, etc. Por fin, el cauce, principalmente donde estrechado se halla por los puentes, ya no puede contener la furiosa avenida; y el agua sube, más y más, hasta elevarse como un muro tres varas arriba de su caja, derramándose al instante elevada sobre los puentes, por las calles inmediatas, y derribando ó rompiendo las paredes de las casas construidas á orillas del arroyo. La inundación entonces viene á ser un hecho para las casas y calles y aun barrios que se hallan cerca del río. El pánico se apodera de muchos, y las familias que corren más peligro, huyen despavoridas á la parte más alta y segura de la población, que es la parte oriental, dejándolo todo unas y otras llevándose precipitadamente cuanto pudieron. Familias hubo que en la parte más baja de la calle de San Pedro, salieron de sus do-

micilios con el agua á la cintura; y otras fueron salvadas á caballo por numerosos vecinos, varios de ellos de los más distinguidos, que, cerciorados ó temerosos del riesgo que se corría, prepararon, y ciertamente no en valde, sus caballos y sus arruajes para todo evento. Viéronse también personas, especialmente del barrio del Camposanto y de otros del mismo rumbo, cuyo piso es de lo más bajo de la ciudad, que al ver la tierra abierta por una larga y enorme grieta que resultó á la hora del turbión y que atraviesa casi toda la ciudad, emprendieron la fuga, hácia la montaña oriental de la localidad, temiendo un hundimiento del suelo. Mas ¿para qué detenerme á pintar ese cuadro terrible que á Zapotlán llenó de pavor en esas horas mortales de espantoso peligro? ¿Para qué enumerar, sí, los múltiples estragos de la borrasca? ¿Para qué describir los destrozos que la corriente hizo en el Mesón del Venado, casi totalmente destruido, y del cual arrastró el aluvión animales, cargas de perón, de sal y de otros efectos, llevados por el río hasta la laguna; y los que causó en las calderas y domicilio del Sr. D. Celso Vergara, donde la corriente sólo dejó el edificio; y los producidos por las turbias olas que, penetrando por los corrales, después de allanadas las paredes, escapábanse á la calle, con todo y muebles, por las ventananas de las casas de los Sres. Presb. D. Rafael Silva y D. José de los Dolores Vergara; y la rotura de algunos puentes y diques del río, y el barroso y denso lodo que llenó la parte baja de la calle de S. Pedro y la plazuela del Santuario, dejándolas intransitables por varios días, y haciendo que de tan bajo que era, quedáse levantado de una manera ya permanente el nivel de la citada plazuela casi hasta la altura del atrio? ¿Para qué ponderar la cantidad de agua que se desprendió sobre el valle de Zapotlán, y que hizo subir cerca de dos varas la superficie de su pintoresca y extensa laguna, destruyendo cercas y vallados, y convirtiendo en estanques ó en prolongación de líquida playa los sembrados? ¿Para qué calcular la pérdida sufrida por los agricultores en ganados y sementeras? ¿Para qué, en fin, dilatarme en esta clase de pormenores, cuando no es tal mi objeto? No, no me propongo formar la estadística de los perjuicios que esa famosa inundación obró, ni trazar uno á uno sus avances, que también se hicieron sentir en otras poblaciones, como Sayula, Zacoalco, Ameca, Tamazula, Quitupan, Manzanillo, etc., etc.; sino solamente dar una idea del eminente riesgo que en ese día 21 de Octubre corrió Zapotlán, para considerar luego el suceso bajo un punto de vista más elevado, en el orden providencial, en sus relaciones con Sr. San José, Protector, salvador, una vez

más, de su devota ciudad. Pues bien: ese riesgo no pudo ser mayor. En ese día estuvo

Zapotlán a punto de perecer.

Hay grandes probabilidades de que una tromba formidable fué la causa de la inundación. Efectivamente. El súbito crecimiento del río hasta una altura que allí nunca se había visto y que sorprendió en pleno día á las familias que habitaban junto á las márgenes; el encuentro y choque de nubes por todos lados y vaciando mares de agua; el haber sido arrancados de cuajo árboles corpulentos, pinos gigantescos, en los cerros inmediatos, y arrastrados á grandes distancias; el desprendimiento de grandes peñas, de firmes rocas, que, desgajadas de su antiguo sitio, rodaron con estrépito; y el haber sido partidos en varios puntos los cerros, quedando en ellos marcadas huellas que desde á larga distancia se ven: todas estas cosas, añadidas á la facilidad con que allí se forman esos terribles meteoros (1), hace muy de creerse lo que se ha dicho, á saber, que una tromba horrenda, agitándose por la Sierra, entre el este y el sur de la ciudad, estuvo á punto de acabar con la población. Algunos campesinos, que desde altos cerros inmediatos vieron el diluvio que sobre Zapotlán caía y la agitación de que era presa su horizonte, juzgaron que la ciudad de José había concluido.

— Mas nó, que solamente fué una prueba, terrible, sí, pero únicamente prueba, castigo misericordioso, azote de Padre amantísimo, que el Juez Supremo descargó sobre el pueblo queridísimo de su Padre Estimativo, para que ese pueblo se corrigiera de sus malos pasos; y para que se viera una vez más, de una manera palpable, solemne, patéticamente espléndida, su fe; y para que agregara al album de sus recuerdos una gran fecha más del amor, de la ternura, de la compasión que por él tiene el Castísimo Esposo de María, su Protector, su Padre, su Patrono Excelso!

En efecto: en ese día Zapotlán presentó un

Espectáculo conmovedor, sublime, á la hora del peligro.

Como antes dijimos, la clase indígena desde temprano andu-

(1) En un 19 de Mayo se vieron por los aterrizados habitantes siete horribles trombas columpiándose magníficamente en la atmósfera de Zapotlán y disparando una lluvia de rayos. De entonces data la función llamada de "los rayos" en honor de Sr. San José.

vo en gestiones ante ambas autoridades para que se permitiera sacar, como siempre se ha hecho, por las calles la imagen del Santo Patrono en procesión penitencial; y habiéndose logrado permiso tan solamente para sacar aquella del templo y hacer la procesión por el atrio (para lo cual ciertamente no se necesitaba la licencia de la autoridad política, por ser el atrio una parte del templo), sabido esto inmediatamente por toda la población, porque todas las nuevas, y con más razón ésta, que era de la mayor trascendencia, volaban con la rapidez del relámpago; y dados tres repiques solennes con descargas de bombas y cohería en la Parroquia, llamando al pueblo á la procesión ardientemente anhelada, como el mejor preventivo de una catástrofe; viéronse luego aparecer de todas las calles de la ciudad hombres, mujeres y niños de todas las clases sociales que, en medio de aguacero torrencial, se dirigían presurosos á la Iglesia Parroquial, á rogar en masa al Todopoderoso, por la mediación de José, que contuviera el brazo de su justicia. La muchedumbre llenó pronto el templo y pobló todo el espacioso atrio; y quitado á la veneranda imagen el vestido lujoso, el traje de gala que para la gran solemnidad se le había puesto; y cubierta la sagrada estatua con su vestido ordinario y con otros géneros impermeables; é improvisadas unas andas para conducirla en hombros procesionalmente, sacada fué del templo, y tomadas las precauciones que era del caso para impedir que aquella se mojara el rostro, comenzó á desfilarse la procesión por el vasto recinto del atrio, entre las plegarias de la multitud.—Entonces algunos de los principales miembros de la clase indígena (teniendo lugar también el incidente del sagradable de que antes hablamos y que no es necesario detallar) dijeron que la imagen había de ser llevada, como siempre se había practicado, públicamente por las calles; que el pueblo (este nombre se da en Zapotlán la raza indígena) así lo juzgaba necesario y así lo haría, y que no declinaba delante de nadie sino que asumía toda la responsabilidad consiguiente. Y dicho y hecho, sin que obstaran las palabras ni esfuerzos de nadie.

Es necesario ser justos. El Sr. Coronel D. Andrés Michel, Jefe Político entonces del 9.º Cantón, se condujo, en parte, bien y en parte mal, tocante á la procesión de que hablamos.—Se condujo bien, porque no se resolvió á tratar de impedir por la fuerza el acto como lo pretendía, sino que dió oídos á la razón, y cedió y *dejó hacer*, luego que algunos vecinos le hicieron palpar lo inútil, peligrosísimo y funesto de aquella quijotada masónico-reformista, de lanzar una compañía de gendarmes,

en momentos tan críticos, sobre la masa de la población, y especialmente sobre la clase indígena, numerosísima y resuelta á todo.—Y se condujo mal, porque dize *para cubrirse* con las autoridades superiores; exigió, por la infracción de la ley respectiva, una multa de 50\$, de que se hicieron responsables dos señores. Bastante cubierto estaba el Sr. Michel con lo enteramente excepcional y terriblemente crítico del caso. Aun prescindiendo de lo tiránico, insensato y anticonstitucional de las leyes de Reforma en cuestión, bastaba considerar que en los instantes en que todo un pueblo está á punto de perecer en medio de una horrenda catástrofe, no obligan las leyes comunes, aun justas, de policía. Y así en Guadalajara, siendo Gobernador del Estado el eminente jurisconsulto Sr. Vallarta, se vio, en la última época de los terremotos que affigió á la ciudad, recorrer las calles, en las altas horas de la noche, á procesiones penitenciales de tres á cuatro mil personas, vela en mano, rezando y cantando las alabanzas de costumbre, sin que el gobierno siguiera otra conducta que la de *dejar hacer*, en todo el tiempo que duró el pánico. Y lo explicó el mismo gobierno cuando, pasada la zozobra de la población, recordó por medio de un bando de policía la vigencia de las leyes de Reforma. No tuvo, de consiguiente, nada de razonable en ningún sentido el criterio en que se inspiró el Sr. Coronel Michel en cuanto á la referida multa.—Prosigamos.

Comienza entonces la parte más sublime del pavoroso drama de ese tremendo día. A eso de la una de la tarde,

La procesión de penitencia desfila imponente en medio de un diluvio, por las calles.

Y pausadamente va avanzando aquella multitud por la plaza de armas, calle de Cristóbal Colón, frente al Palacio Municipal y al cuartel mismo de la Gendarmería, sitios en la primera cuadra de esa calle. Miles de personas van allí de todas las condiciones sociales. Allí se ve á las más delicadas y aristocráticas damas de la ciudad, ya matronas, ya jóvenes, ya niñas, sin que se les dé un ardite de los mares de agua que á veces azotan sus rostros y que empapan sus vestidos hasta escurrir de ellos el líquido elemento. Allí se ve también á millares de la clase media y la clase alta del sexo fuerte. Y vése también allí, se entiende en cantidad mayor, á la clase pobre de uno y otro sexo y á la numerosa raza indígena. Muchos cúbreanse con paraguas y otros abrigos; pero ya se ve que á poco andar tal precaución está de sobra, porque llueve á cataratas y el viento azota

por todas partes con rabia. La población es la que allí va marchando lentamente con una sublimidad quizá sin ejemplo. En un telegrama que en esos días fué dirigido á un periódico de esta capital, hizose subir á 18.000 el número de personas que formaron esa patética procesión. ¡Y toda esa muchedumbre con el pavor pintado en el semblante, pero á la vez con una fe viva y con una firme confianza en el Santo Patrono de la ciudad josefina, enderezaba tiernas plegarias y súplicas gemebundas al Esposo de María y Padre Nutricio de Jesús, y rezaba el santísimo Rosario, y cantaba las Letanias Lauretanas y las alabanzas al Refugio de los pecadores, á María! Qué espectáculo tan conmovedor, tan sublime! Yo ví á ese pueblo creyente en actitud tan patética; yo lo ví desfilar delante de mí por el portal de la casa de Huexcalapa, donde la inmensa comitiva se detuvo un poco para ordenarse, y luego por el portal de Vizcayno, donde también hizo alto unos minutos, junto á la habitación del Sr. Canónigo Silva; y ví al fin de aquella procesión, rodeado por gentes de todas clases que, ávidas agrupábanse á su rededor y hacia él levantaban suplicantes, llorosos y nadantes sus entristecidos ojos, al Santísimo Artesano de Nazareth, es decir, á su imagen veneranda, á esa imagen sagrada que á los zapotlenses tanta veneración infunde y recuerdos tantos evoca; y ví á las personas que en sus casas habíanse quedado, salir á las puertas y á las ventanas, al acercarse la procesión, y vela en mano, juntar sus preces, modelos de fervor, á las de la muchedumbre que desfilara, y después ó incorporarse á la gran comitiva, ó seguirla en espíritu y unidad de sentimientos y oraciones; yo ví, dijo, ese espectáculo, ese cuadro de realismo divino que la Religión produjo, y confieso que en mi vida, ningún otro me ha conmovido ni edificado tanto ni ha dejado en mi alma huellas tan profundas é imborrables! Aun parece que lo tengo delante de mis ojos! Entonces me pareció que estaba Zapotlán en la cumbre de su grandeza! y experimenté el más justo y noble orgullo de ser hijo de aquella ciudad de José! No! me decía, no perecerá, víctima del actual diluvio, una población como ésta! No! los elementos desencadenados no darán fin á un pueblo tan creyente, tan! josefino! Y con el Breviario en la mano, abierto en el oficio del Santísimo Patriarca, y de rodillas, una mis preces, las más indignas, pero de sacerdote, á las de mi pueblo, recitando especialmente los himnos, esos cantares inspirados, esos epinicios de las grandezas y glorias del Jefe de la Trinidad Santísima de la tierra! Y en efecto era como

yo pensaba! La oración triunfó! La pública plegaria presentada por José al Altísimo detuvo el brazo de Dios Justiciero; y Zapotlán se salvó, una vez más, de una destrucción horrenda!

La procesión fué avanzando, como decía, lentamente, primero por el costado oriental de la gran Plaza de Armas, y luego por el lado norte de la misma, deteniéndose algo en los portales; tomó después la calle del Teatro Velasco; pasó la Plazuela de Rico, se dirigió á la calle del Santuario, cuya Plazuela atravesó, continuó por la calle del Camposanto, hasta llegar á éste, porque para adelante ya era imposible el tránsito; volvió á pasar por la Plazuela del Santuario, precisamente poco antes de que este punto quedara anegado enteramente; subió por la calle que va á terminar en la casa del Sr. D. Cirilo Preciado; allí tomó la calle de San Pedro, y se encaminó á la Parroquia, entrando la imagen y gran parte de la comitiva, como á las cinco de la tarde, á la vasta iglesia en construcción.

¡Y toda esa santa excursión, todo ese viaje penitencial, hizose en medio del vendaval, en las horas más terribles de la furiosa borrasca, atravesando la multitud constantemente ríos y lagos, en que se habían convertido las calles todas y plazuelas!

El Eterno escuchando los ruegos de su pueblo, añadidos al exorcismo que contra la tempestad fué rezado por algunos sacerdotes, lo consoló, á manera de á David, cuando decía: *Quando invocarem exaudivit me Deus justitiae meae: in tribulatione dilatasti mihi.*

¡La furia, sí, de la tempestad, aumentada á la hora de la procesión, sirvió para que las plegarias de toda la ciudad fueran más fervientes y el clamor á la Providencia naciera más puro y sentido del fondo del alma!

Misericordia et veritas obviaverunt sibi, justitia et pax osculatae sunt: puede exactamente decirse de Zapotlán en ese día. Vióse allí el poder de Dios que estuvo á punto de aniquilar en su justicia, en un instante, á un pueblo prevaricador; y á la par, vióse, una vez satisfecha con la oración y la penitencia públicas la vindicta divina, reinar de nuevo la misericordia y restablecerse la paz. En efecto. Entrada la procesión al templo susodicho, comenzó á decrecer el aguacero, perdiendo al mismo tiempo su carácter tempestuoso; y colocada la venerable imagen de San José en el lugar más á propósito del que va á su gran templo, se rezó allí por la muchedumbre, guiándolo el Sr. Presbítero Contreras, el santísimo Rosario. En esos momentos, las campanas empezaron á sonar con el

Imponente toque de rogativa en la Parroquia,

el cual hizo que en las casas las familias unieran con todas veras y con la mayor unción sus preces á las de la muchedumbre que devotamente oraba en la casa de Dios; y ese toque austero, majestuoso, vino á ser, á la vez que el de una inmensa plegaria de todo el pueblo, como el principio de un himno de triunfo y de gratitud á la Providencia, y de amor y reconocimiento al Excelso Protector y queridísimo Patrón de la población. En efecto, aun se oían las últimas campanadas de la rogativa, cuando, á eso de las seis de la tarde, volvió la calma á los espíritus con la

Conclusión de la lluvia.

Esta dejó de caer enteramente como una media hora, durante la cual cesó el chorrear de las canales, y desaparecieron las grandes corrientes de las calles; y aunque después continuó lloviendo aún cerca de dos horas, no presentó ya el fenómeno caudal rárter ninguno aterrador.

Pero sí hubo algo extraordinario al tocar á su término la borrasca. Tres hechos que llamaron vivamente la atención de Zapotlán coincidieron con el fin de esa memorable tempestad; y esos hechos fueron los siguientes:

Dos truenos misteriosos, una erupción del volcán de Colima, y el cielo teñido de púrpura.

Y digo, refiriéndome al primer fenómeno, que fueron misteriosos tales truenos, porque no está aclarado todavía su origen. Parece que no deben atribuirse á descargas eléctricas de la atmósfera, porque esta precisamente era para lo que se encontraba menos á propósito con tanto llover sin descanso y con tanta humedad, y porque no precedió á los formidables estampidos el relámpago, ni se asemejaron estos al trueno producido por el rayo, sino más bien al causado por agentes subterráneos. Y así lo advertí en aquel mismo instante á personas de mi familia. Pregunté además, acerca de este asunto, á muchas personas, á mi vuelta á Guadalajara, en varias poblaciones y ranchos distantes de Zapotlán, y supe que en todos esos puntos habían oído esos dos truenos y que se habían notado su vigor y extraña forma.

El segundo fenómeno fué perfectamente observado en Tuxpan, Colima y otros puntos, y se dió parte de él telegráficamente, según se vió en los periódicos.

Y con el tercer fenómeno, durante largo rato, hasta que las tinieblas de la noche tomaron posesión completa del cielo, estuvimos recreando nuestra vista los habitantes de Zapotlán. Fué un espectáculo magnífico ese vasto y majestuoso manto de esmeralda con que se engalanó en el término de esa penosa jornada el firmamento. Y lo raro es que dudarse puede que ese punto se halla debido tan solamente al caso del astro del día, porque no todo el hemisferio ni aun siquiera todo el rumbo del poniente vistió el espléndido traje de esmeralda como en el crepúsculo ordinario; sino que la hermosa vestidura púrpura fué únicamente para todo el lado del septentrión y para la mitad que del rumbo occidental es límite del norte.

Tendría parte, y máxima, en los minutos primero y tercero la erupción del citado volcán. La ciencia lo dirá. Entre tanto, bueno es que recoja ella esos datos para sus pesquisas y deducciones, agregando también á todo lo

Enorme abra.

que no sé á qué hora, resultó en Zapotlán en el día de esa tempestad; abra que, dando principio, bastante ancha en la salida para Colima, cerca de la Puerta de Huexcalapa, donde fué necesario terraplenar la vía en una pequeña parte, para expedir el tránsito, siguió luego por los potreros, y continuó serpenteando por casas y cales atravesando de parte á parte de sur á norte, el Camposanto, y siguiendo al noroeste, hasta perderse en las sinuosidades últimas del río, ya para desembocar este en la laguna.

Pero dejemos ya este aciago y á la par sublime día 21 de Octubre de 1890, que tanto nos ha detenido, y reanudemos el hilo de la narración en lo tocante á la gran fiesta josefina.

Amaneció el miércoles 22 de Octubre, el principal día de la solemnidad zapotlense; y visto que el cielo todavía presentaba mal caries y que en los ánimos, con las fuertes impresiones que habían experimentado, no había el suficiente sosiego para que se pudieran consagrar á la fiesta prometida para esa fecha, se determinó modificar el Programa, é ir celebrando los actos anunciados, conforme se fuera presentando el tiempo. Y con esto ese día se pasó en hacer comentarios acerca del siniestro y sus efectos, en observar las huellas que en las montañas del suroeste dejó la probable tromba y en ver los estragos que en la parte inundada de la ciudad hizo el aluvión. Cada cual contaba lo que sabía y lo que había sentido ó sufrido con la borrasca; y bastante se moralizaron las familias con haberse reducido á la verdad las noticias elarantemente exageradas que prime-

ro habían circulado y con haberse aclarado que, por la misericordia de Dios, desgracias personales tan solamente una ocurrió, y esta más bien por el estado en que se encontraba el pobre que de ella fué víctima.

Pero si el día 22 pasó tranquilo, no así la noche. Un aguacero torrencial que, al oscurecer, se desató y que vino á terminar hasta en la madrugada, despertó la mal calmada zozobra de la población, excitados como estaban los nervios de todos por los sucesos anteriores; y aunque las familias que habitaban los edificios inmediatos al río, se habían trasladado á las casas más bien situadas de sus parientes ó amigos, casi nadie probó el sueño en toda la noche y ni siquiera se acostaron innumerables personas, para hallarse listas, durante las horas que duró la nueva lluvia, á lo que pudiera ocurrir. Pero nada aconteció fuera de esa inmensa alarma, la cual se apoderó de la ciudad, quizá con más fuerza que en el día anterior, é hizo á muchísimas gentes (como antes también había sucedido la víspera) examinar severamente su conciencia y pensar en acudir al tribunal santo de la Penitencia, como se pudiera. La tranquilidad se vino á reconquistar con el día, y como la mañana ofreciese un aspecto, si no risueño, tolerable, se resolvió que tuviera su verificativo en este día 23.

La función del Rosario.

Diéronse pues con gran solemnidad los repiques de costumbre, con sus respectivas salvas de bombas y cohetería, y á las nueve de la mañana, llenos completamente el templo del Sagrado Corazón y la Capilla de la Purísima, hasta derramarse la numerosísima y apiñada concurrencia por los sitios inmediatos, como son el atrio y la sacristía, dió principio la gran fiesta del Rosario, asistiendo el Illmo. Sr. Obispo de Colima D. Francisco Díaz, á quien acompañaban los Sres. Curas de Zapotlán y de Almoloya Presbs. D. Juan Jacobo Caldera y D. Antonio Lara, y celebrando el Sr. Canónigo Lectoral Dr. D. Atenógenes Silva, ministrándole como Diácono el Sr. Presb. D. Juan Quintero, y como Subdiácono el Sr. Presb. D. Fermín Larios, Vicarios ambos de la Parroquia.—En el zócalo del altar mayor, dentro del barandal que rodea el templete, estábamos con el traje capitular del tiempo el Sr. Penitenciario Dr. D. José Homobono Anaya y el que habla, y seguían después numerosos eclesiásticos vestidos de sobrepelliz, y un buen número de seglares distinguidos. Y ya se entiende que en el templo se encontraba la crema de las familias de la ciudad.

La misa que en esta función se puso fué la grande del maese.

tro italiano Bonifacio Azzoli, ejecutando perfectamente la acreditada orquesta zapotlense del inteligente filarmónico D. Mauro González, reforzada por los profesores de Guadalajara y bajo la batuta del hábil director tapatio D. Miguel González, las inspiradas y magníficas notas de esa bellísima sinfonía sagrada que figura entre las mejores que en su abundante repertorio muestra ufana la patria de las bellas artes.

La pieza oratoria de ese día, por bondad (que debidamente agradezco) de los Sres. Mayordomos, fué encomendada al autor de estas líneas, quien, procurando hacer lo que en sus facultades estuvo, tomando como texto de su discurso aquellas palabras del Libro de Judith (XIII. 22.) que á la heroína de Betulia dirige Israel, después de la victoria, y que la Iglesia aplica á María Santísima del Rosario: *Benedixit te Dominus in virtute sua, quia per te ad nihilum redegit inimicos nostros*, se propuso demostrar que, habiendo sido bosquejada en la Judith israelita la Judith de la Cristiandad ó sea María Santísima del Rosario, *el Rosario Mariano es el arma prepotente con que de una manera segura se vence á Satanás y á sus huestes*.

En todo el resto, la solemnidad de este día se verificó de acuerdo con el Programa, y con la esplendidez que era de esperarse de los Sres. Mayordomos.

Ya sólo faltaba, por tanto, una de las funciones prometidas, la de Sr. San José, la cual, por juramento de la población, hácese el 22 de Octubre. El aspecto del cielo seguía dudoso, principalmente desde la tarde para adelante, y habiéndose resuelto, como indiqué antes, acomodarse á las exigencias de la atmósfera, se trasladaron los Maitines del Santo Patriarca para la noche que con toda seguridad estuviese hábil. Mas habiendo transcurrido sin novedad toda la del 23, con fundamento pudo resolverse que en el 24 se haría la función de Sr. San José. Así es que en tal sentido se prepararon las cosas; y como

"Los Vivas"

ó sea la alegre alborada con que desde tiempo inmemorial se anuncia en Zapotlán que se está en vísperas de la espléndida función josefina, por causa de la lluvia no tuvieron lugar en el día 21 su día propio, verificáronse en la madrugada del 24. Tres entusiastas repiques á vuelo con todas las campanas de la Parroquia, unidos á imponentes descargas de cohetería y bombas, advirtieron á la ciudad, como á la mitad de la madrugada, que esa aurora presenciaria el alegre matinal que aun conserva al nombre de *los vivos*.—Y digo que aun conserva el nombre, porque el progreso y mayor cultura de la población han ido modifi-

cando la forma de esa alborada. En otros tiempos recuerdo que mediante unos padrones de hojalata ú otro material á propósito, se pintaba con tinta en las paredes de casi todas las casas de las calles principales, con grandes letras, la frase *Viva Señor San José*; después, en vez de esa sencilla frase, ideóse poner á guisa copia en honor del Santo Patrono; y últimamente, para no enbadurnar las paredes, háse discurrido fijar impresos en las puertas de las casas con pequeñas y muy expresivas composiciones poéticas de carácter josefino. Y esta práctica siguióse en 1890.—Dados pues los estruendosos y sonoros repiques á vuelo, y tocado el místico y poético *Angelus* ó toque de alba con la campana mayor, partió luego de la morada del Sr. Mayordomo Preciado la comitiva de ovación al Excmo. Artesano de Nazareth, y recorrió en buen orden, alumbrada con antorchas, hasta que el sol envió sus primeros rayos, las calles de San Pedro, Puente de la Concordia, (Pirul), Puente de las Artes, la Merced, Cristóbal Colón, San Antonio, el Santuario, Plaza de Armas y algunas otras, de la siguiente manera: 1.º Una compañía de tiradores de grandes cohetes, en ejercicio constante de su comisión. 2.º Un largo y jovial escuadrón de familias (principalmente de las muchas allegadas por amistad ó parentesco al Sr. D. Cirilo Preciado), cabalgando en pacíficos asnos. 3.º Otro escuadrón de varones, montando fogosos caballos. 4.º Ocho carreras adornadas, llenas de familias. 5.º La música de aliento y una gran multitud pedestre. Como unas tres horas duraría esa procesion ó victor matutino, del cual fueron quedando como recuerdo en las puertas exteriores de las casas, las estrofas siguientes, debidas al católico vate y distinguido literato zapotlense Sr. Lic. D. Francisco Galindo Torres:

Cantares entonad hoy de alabanza,
Hijos de Zapotlán! al gran José,
Al que perdón para su pueblo alcanza,
Cuando á su pueblo arrependido ve.

De tu pueblo feliz Zapotlán,
Desde el cielo tu cuidas Patriarca,
Y tu voz obedecen la Parca
Y los rayos y el fuerte huracán.
Es tu pueblo escogido, JOSÉ,
En la Patria de Hidalgo famosa,

Claro ejemplo de fé religiosa; la que
Haz que nunca se extinga esa fé.
Siempre grande serás, Zapotlán.
Si no pierdes de Cristo la fé.
Y amas mucho al insigne JOSÉ,
Y muy grandes tus hijos serán.

La mañana del 24 siguió despejada y serena; y aunque la *nube pastora*, ese pronóstico infalible de los meteorologistas empíricos, en aquellos rumbos, al caer constantemente como blanquísimo sendal de algodón y en forma de extensa y anchurosa falda extendida en horizontal dirección la parte media del sublime Nevado á que el vulgo dá el nombre de *volcán de nieve*, continuaba presagizando que en aquella alta Sierra, en aquellos montes gigantes, en aquellos encumbrados palacios de Neptuno, los cuaderos ó fabricas de la lluvia estaban aun en su privanza elaborando las nubes, aprovechóse la mañana, y se verificó á la hora prometida.

La santísimísima función de Señor San José.

Las nueve de la mañana eran cuando, precediendo los tres hermosos requieques á vuelo de todos los alegres y sonoros bronces de la Parroquia y las tupidas y atronadoras salvas de cohetes y bombas, que semejaban el estampido del cañón y el fuego de fusilería en una gran batalla, cual si se quisiera entonar con el coro de los cantores de metal y con el remedo de los combates de la guerra moderna un himno de triunfo al Señor Dios de los Ejércitos, una concurrencia numerosísima, como no pudo serlo más, y compuesta de vecinos y forasteros de todas clases y condiciones, resultando entre ellas por su elegancia la flor y nata de las familias, ya había literalmente llenado el templo parroquial y la Capilla de la Purísima, y extendido se por los lugares limítrofes donde algo siquiera podíase ver ó oír. Rodeábamos además el altar mayor, donde el Santísimo estaba expuesto, 17 celestiales, entre los cuales estábamos los tres Capitulares con el traje coral del tiempo. El venerando Príncipe de la Iglesia de Coima, vistiendo lujosísimo traje pontifical y asistiéndole los Sres. Cura de los Martínez, D. Antonio Lara y Presb. Ríos y Macías, de la Diócesis colimensis, inició la FERIA, entonando con su robusta y ferviente voz el *Deus in adiutorium meum intende*, y luego siguió el coro y